

El documental

Juan José Saer

La primera cosa que se me ocurre –a propósito de esta película– es que, cuando uno hace una película, está siempre acompañado. Y eso es una buena cosa porque está siempre con un grupo de gente. Puede conversar. Ahora, en cuanto a hacer una película sobre mí y sobre mi obra, como se ha hecho sobre otros creadores argentinos, el problema, para mí, es que los designios del film resultan totalmente impenetrables. Yo sólo tengo experiencias inconexas de lo que está pasando. La contradicción principal, o el problema principal, o el conflicto principal que yo veo en la realización de una película sobre un escritor o sobre un artista es que se espera que diga cosas importantes sobre su arte, etcétera, etcétera. Pero, al mismo tiempo, es un retrato; entonces, la persona sobre la cual se está haciendo la película aparece en su vida cotidiana. Su vida cotidiana que es igual a la de todo el mundo. Entonces, me pregunto (pero me pregunto no ya sobre esta película sino, en general, sobre este tipo de films y, probablemente, sobre todos los films documentales podríamos hacernos esta pregunta) dónde y por qué medios el film puede lograr un sistema expresivo propio frente a ese peso de lo cotidiano y de lo banal que es, prácticamente, la materia con la que trabaja.

Fragmento del film Retrato de Juan José Saer (Rafael Filippelli, 1996).

Maestros y amigos (fragmentos)

por Luis Príamo

Hugo Gola y Juan José Saer fueron los docentes de mayor influencia para buen número de alumnos del Instituto [de Cine de la Universidad Nacional del Litoral]. También para mí, en especial Gola. Sus clases de Integración Cultural, como lo expresa el nombre de la matrícula, procuraban crear en nosotros una comprensión del conocimiento y la cultura en relación con el contexto social e histórico donde se desarrollaban. Esta relación era observada desde el punto de vista de la cultura, y más precisamente desde la creación artística, con lo cual se evitaban las deformaciones que un concepto sociológico de cuño marxista sobre la historia del arte solía imprimir en la época: el del arte como una más de las emergencias ideológicas surgidas de los procesos económicos de las sociedades. De todos modos, cuando entrábamos al Instituto, sobre todo quienes habíamos tenido una pobre o ninguna

relación con el mundo de la cultura y el arte no percibíamos nada de eso: simplemente comenzábamos a mirar las cosas de la cultura, la sociedad y la política en el registro dialéctico desarrollado por Gola.

* * * * *

Una noche (yo ya estaba en segundo año y bien integrado al Instituto) llegó Juani exaltadísimo. Entró al aula, donde Hugo estaba por comenzar la clase, y comenzó a hablar con un entusiasmo desbordante: “¡Acabo de leer la novela más extraordinaria que se escribió en este país!”. Era *Zama*, de Di Benedetto, que había leído de una sentada durante la tarde. No recuerdo exactamente los comentarios que hizo respecto del texto, pero me acuerdo muy bien que en un momento dijo: “Ya Jorge Conti me había dicho que *El silenciero* era extraordinaria”. Su excitación era contagiosa, y el deseo inmediato de leer *Zama* una consecuencia natural, de modo que al día siguiente la compré y la leí enseguida. Y luego *El silenciero*, que todavía tengo en la primera edición de Troquel.

Si bien Juani era menos ordenado que Hugo para dar sus clases, en cualquier momento te deslumbraba con observaciones agudas y luminosas, que además entraban a los temas con el filo de la mente creadora. Comentando *Las amigas*, el film de Antonioni basado en la novela de Cesare Pavese *Entre mujeres solas*, Juani dijo como al pasar pero enfáticamente: “Antonioni leyó a Pavese entre líneas y desarrolló el tema de la imposibilidad de las relaciones amorosas entre personas de clases sociales diferentes”. Quizás hizo otros comentarios. Es posible, aunque con esa frase ya era más que suficiente.

* * * * *

Además de vivir y transmitir intensamente la relación que tenían con la cultura y el arte, Hugo y Juani eran lectores extraordinarios, y por cierto voraces. Medio siglo después esto se puede verificar con pruebas abundantes: en Juani a través de sus ensayos, y en Hugo, de su formidable tarea como editor de revistas y libros de poesía y poética en la Argentina y México desde hace más de veinte años. [...] Sus pensadores eran, mayoritariamente, también poetas: Borges, Mastronardi, Martínez Estrada, Eliot, Valéry, Pavese, el Rilke de las *Cartas a un joven poeta*; aunque a través de ellos también leíamos a Trilling, Adorno, Benjamin, Gaston Bachelard. Creo que la calidad de Hugo y Juani como lectores explica, al menos en parte, el reconocimiento temprano que hicieron del talento de Borges y las encarnizadas polémicas que eso provocaba en el ámbito intelectual de izquierda, donde el “elitismo” borgeano era indiscutido y radicalmente descalificador. En Santa Fe se recuerda que un escritor porteño (podría haber estado en la revista *Contorno*) le preguntó a Juani con tono irónico y medio amoscado: “¿Qué les pasa con

Borges en Santa Fe?”⁴ Muchos años después Juani aseguraba que, en efecto, este reconocimiento del talento de Borges desde la izquierda lo habían adelantado ellos, los escritores de Santa Fe y Rosario, bastante antes que en Buenos Aires.⁵

Esa reivindicación de Borges, por supuesto, no tenía como propósito destacarse en competencias de autoridad literaria. Llevaba implícita la discusión de un problema profundo y grave para la cultura de izquierda de aquel momento, que eran los prejuicios y la interdicción ideológica sobre la creación y valoración de la expresión literaria y artística en general.

Tomado de Luis Priamo, “Relato con fotos fijas y raccontos”, en Claudia Neil, Sergio Peralta, Luis Priamo y Raúl Beceyro (eds.), Fotogramas santafecinos. Instituto de Cinematografía de la UNL. 1956 / 1976, Santa Fe, Ediciones UNL, 2007, pp. 97-126.

4. N. del autor: Roberto Maurer, “Juani”, en la revista *El Poeta y su Trabajo*, N° 20, México, otoño de 2005, p. 29.

5. N. del autor: En el año 66 o 67, Juani gestionó una conferencia de Borges en Santa Fe (algo de eso relata en su ensayo “Borges francófono”). Como anfitrión, debió acompañarlo durante buena parte del tiempo que Borges pasó en la ciudad y naturalmente conversaron mucho. En un momento abordaron el tema de uno de los grandes cuentos de Borges, “El sur”, y Juani contaba que allí aprovechó para confirmarse algo que siempre había pensado; entre afirmativo e interrogante, le dijo a Borges: “Ese cuento es un sueño, ¿no?...”. A lo que Borges respondió (y esto Juani lo recordaba con inocultable satisfacción): “Usted es la segunda persona que se da cuenta...”. La clave, aclaraba Juani, se encuentra en el prólogo de *Artificios*, la segunda parte de *Ficciones*, donde está ese relato, en el que Borges dice: *De El sur, que es acaso mi mejor cuento, básteme prevenir que es posible leerlo como directa narración de hechos novelescos y también de otro modo. Este otro modo es la cifra onírica.*